



Funes el delirante

Hamil Asiz

Turbante Persiana Papel Carbón

Hamil Asiz nunca imaginó que sería director de un asilo mental. Era su primer día pero no hubo comité de bienvenida, ni su oficina estaba lista, es más, aún tenía el nombre del otro director. A mal tiempo buena cara, se dijo. Se arregló el **turbante** y empezó a recorrer el lugar.

Llegó al patio de los internos justo en el momento en que abrían las **persianas** de las enormes ventanas, muy arriba obvio, para que no haya escape alguno.

Los miró y vio algo de su pasado. Vio a un tipo grande que le recordó al viejo Bob, su amigo del cuerpo de bomberos. También vio a una mujer diminuta calcando algo con papel **carbón**, esto lo llevó a su época como artista en Francia, le parecía que fue en otra vida.

Se quedó mirándolos por un buen rato, igual no tenía oficina todavía.

Llegó la hora en que aparecieron los enfermeros para conducir a los internos a sus habitaciones. Poco a poco fueron llevándoselos. Cuando casi no quedaba ninguno, uno de los enfermeros se acercó y le dijo: Señor director, su oficina está lista. Fue escoltado por él a la misma. Entró, tomó asiento y pensó que debía fumigarla porque sintió un hincón en el brazo que lo adormeció.

El enfermero reportó al director Pérez: hoy fue el director del local. Que gracioso tipo el interno 534534.

Cuando dormimos

Turbante Persiana Papel Carbón

No salía mucho de casa. Hacía mucho tiempo que no veía la luz del sol, pero miraba mis libros. Mi mami siempre venía a leérmelos para que pudiera dormir. Eran cuentos fantásticos, pero ella juraba que eran reales. Me hablaba de un pueblo lejano con praderas verdes y grandes árboles. Todavía no puedo imaginarme cómo es un árbol. Por la noche, cuando dormimos, nos abrazamos y contamos hasta 10, soñando con la pradera, con los ríos que ella cuenta que existían en su niñez. Cada mañana me levanto antes que ella lo haga, corro a la ventana y levanto la **persiana**. Ya casi se me acaba la esperanza, nunca están los árboles ahí afuera. Corro a la cama y veo a mi madre dormir plácidamente. Tiene un **turbante** en la cabeza y sus labios blancos como el papel donde me dibuja esa tierra maravillosa de la que habla. Coincidentemente, así es como ella le llama Tierra. Por la ventana solo veo oscuridad y bajo mis pies tiembla el suelo, la nave seguía en movimiento. Casi empezaban las clases y necesitaba el papel **carbón** para Historia, hoy nos enseñarían a leer las estrellas, para que así, algún día, nosotros podamos navegar esta nave en el espacio y podamos llegar, algún día tal vez, a aquel lugar que mi madre con tanto amor llama Tierra.

Cry

Un regalo

Cactus Chupón Termómetro

Fue un regalo de un ex novio, uno tan raro como lo era él. No quería caer en el cliché de regalar flores pues creía casi ofensivo regalar cadáveres a alguien que decías amar. Hacer crecer sonaba más romántico. Así como nuestra relación, críe esa planta y trate de sacar lo mejor de ella. Tal vez con esfuerzo, podría lograr que floreciera. Y es que los **cactus**, también tienen flores.

Observaba al principio con algo de temor su apariencia, una flor casi fría que pensé me podría lastimar. Pero pedía tan poco, solo un poco de agua al mes y suficiente luz solar. Cuando mi novio se fue, me deshice de todo, menos del cactus. No permití que me arrebatara eso. Ni las malas experiencias, ni las espinas, me quitarían aquella flor. Y tal cual él hizo, sembrando una semilla que daría flor. Ahora ya tengo dos responsabilidades, la de cuidar su hijo, siempre con el **chupón** en la boca, y permitir que él también florezca.

Si bien no había **termómetro** que pudiera medir el calor que me generaba aquel, niño, lograría salir adelante. Florecería cada vez que fuese necesario.



Almagesto

Un Balcón

Cactus Chupón Termómetro

Aprendió a trabajar con plantas antes de aprender a caminar. Su madre lo crió entre jardines floridos, llenos de especímenes extraños y llamativos. Algunas flores exóticas y árboles torcidos podrían ser lo más llamativo de dicho jardín para un extraño, pero para él, lo más llamativo era el **cactus** solitario de su padre.

Un hombre que no se interesaba nada en la jardinería. Lo regaba diligentemente todos los días a pesar de haber expresado varias veces que no le gustaba la naturaleza.

Recordaba que su padre lo había cargado de bebé, sujetando con un brazo al pequeño ser humano que succionaba el **chupón** con esa esperanza vana que sólo los bebés tienen de que salga algo del plástico, y con el otro la pequeña regadera que utilizaba para su planta mascota.

Recordaba haberse enfermado, haber llorado y gritado y también haber sido ignorado en su dolor por su madre, muy ocupada regando las plantas y hablándole a las flores – ¿no sabes, hijo? Dicen que las plantas crecen mejor si les hablas con amor. Recordaba haber buscado el **termómetro** él solito en el baño, revisado su propia temperatura a la corta edad de seis años, porque su madre sólo se preocupaba por su jardín, y su padre, a pesar de sus buenas intenciones, nunca estaba en casa.

A veces, de adulto, soñaba con ser cargado por su padre mientras regaba el famoso cactus. Cuando compró su primer departamento se aseguró de que no tenga jardín pero sí un balcón para poner un pequeño.